



Andrés Ibáñez
La duquesa ciervo



Andrés Ibáñez

Nació en Madrid en 1961. Hombre de cultura en el más amplio sentido de la palabra, a los cinco años escribió una versión muy personal de *Don Quijote* y desde entonces la escritura y la música han marcado su vida. En 1989 se fue a vivir a Nueva York donde residió siete años y escribió obras de teatro en inglés, alguna de las cuales llegó a estrenarse allí. Ha escrito poesía pero sobre todo novelas como *La música del mundo* (1995), *El mundo en la Era de Varick* (1999), *La sombra del pájaro lira* (2003), *El parque prohibido* (2005) y *Memorias de un hombre de madera* (2009), además del volumen de cuentos *El perfume del cardamomo* (2008) y la novela *La lluvia de los inocentes*, publicada en Galaxia Gutenberg en 2012. Colabora habitualmente en *ABC Cultural* donde escribe una columna titulada «Comunicados de la tortuga celeste». Ha sido durante muchos años pianista de jazz.

Su anterior novela, *Brilla, mar del Edén* (Galaxia Gutenberg, 2014), fue galardonada con el Premio Nacional de la Crítica.

Esto dijo el dragón: «Todo en el universo se rige por la obediencia... todo menos una pequeña llama que arde en el interior del hombre».

Después del gran despliegue narrativo de *Brilla, mar del Edén* (Premio Nacional de la Crítica), Andrés Ibáñez se adentra con *La duquesa ciervo* en un mundo fantástico y medieval para contarnos la historia de Hjalmar, aprendiz de mago, y de su encuentro con la fascinante duquesa ciervo. Un mundo entero se despliega ante nuestros ojos, vivo hasta en los menores detalles: la populosa ciudad de Irundast, dominada por la Torre de los Magos donde viven la bella Aliso, el rey Urbán y el archimago Saamsar de Olden, y luego todo un orbe de esclavos y de inmensos imperios sin límites, de religiones fanáticas y antiguas leyendas.

Las etapas del estudio de la magia, una gran historia de amor que fluctúa entre lo posible y lo imposible, un gran viaje a través del mundo, una selva donde se borra la diferencia entre sueño y vigilia, una guerra infinita por conquistar una ciudad que flota sobre las nubes, una sociedad donde los osos conviven con los hombres e innumerables historias secundarias componen un vasto fresco animado con la energía de las antiguas novelas de aventuras.

Y sin embargo, este mundo de niebla y fantasía se parece dolorosamente al nuestro. Sus dragones y cadenas son los mismos que nosotros sufrimos hoy en día. *La duquesa ciervo* es una exploración interior en busca de los fantasmas que dominan nuestra psique y también una reflexión sobre el poder, la esclavitud y la libertad.

ANDRÉS IBÁÑEZ

La duquesa ciervo

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

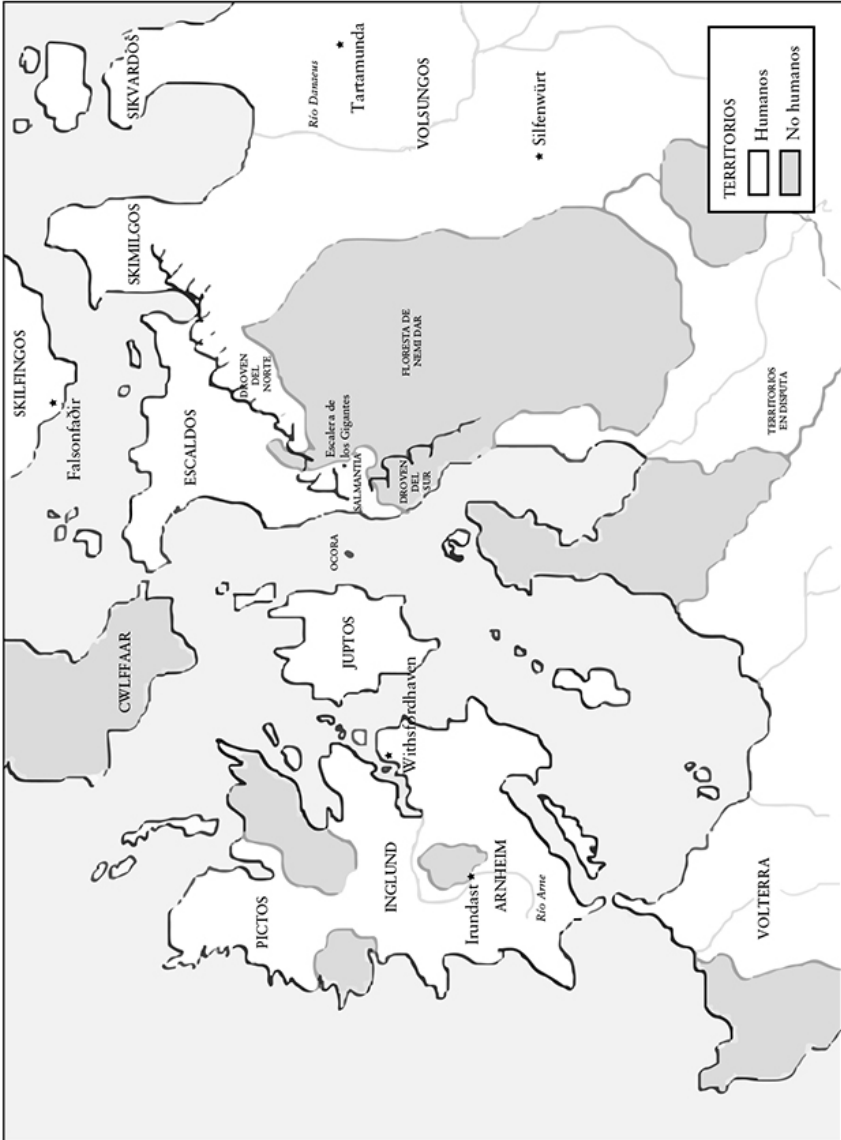
Edición en formato digital: febrero 2017

© Andrés Ibáñez, 2017
Esta edición c/o SalmaiaLit, Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017
Imagen de portada: *La cierva del bosque*, de Warwick Goble, 1913

Conversión a formato digital: María García
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-577-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para mi amor y para nuestros hijos.



Sueño de dragones

Ya elevan el vuelo los fieros dragones de Inglund.
Su viento ya agita los sauces de ambas orillas del Arne.
Ya elevan el vuelo las rojas serpientes aladas.
Su música harpada atraviesa quemando las hojas del álamo.

Quisiera cantar la elegancia que tuvo la vida en las salas de entonces.
El oro del tiempo se abría en cascadas de luz y amapolas.
Sangre de dragones rugía en el aire y los hombres soñaban el mundo.
Los cielos bullían de alas de hirviente caléndula.

Qué ilustre era el aire de entonces. Todo se elevaba como una plegaria encendida en busca del águila última.
La reina del aire extendía la miel de su cálido sueño cual bien merecido que abría hasta el cénit la llama del día.

Pensar era entonces soñar, pues los plácidos árboles crecían felices a orillas de ríos, y augustos corderos pacían las amplias praderas cubiertas de rojas camelias y el arco del día soñaba una fuente de luz en la amable floresta.

Qué sabio el castaño que crece dormido a la vera del río velando el dormir del poeta que sueña esperando el milagro del arte.

Saciado se hunde en la cima del aire y la sima se abre en su
cráneo
y se siente caer hacia el centro del mundo en un dulce olvi-
darse.

Qué plácido hundirse en las aguas oscuras del fin de la
mente
como el cocodrilo que nada entre azules nenúfares
en busca del dulce pecado o el dulce alimento que no ha
de saciarle
o como el reflejo que ahonda en la noche falaz del espejo
perdido a su suerte.

Allí, en el País invertido en que el tiempo es espacio,
el huevo hialino contiene la yema de luz que insemína la
tierra.
Se rompe el espejo del mundo y el líquido ámbar se vierte.
El arpa, la escama y el fuego se unen y surge la nueva cria-
tura doliente.

Su ojo contempla distancias inmensas que el hombre no
entiende.
Su oído percibe el rumor de la tierra, del hierro y el oro.
Su lengua conoce el sabor del poder, la violencia y la san-
gre,
la eterna energía lo mueve a la guerra, a la vida y al odio.

No pide perdón por sus alas, sus garras, su incendio, su
plaga.
Se eleva en el sol y oscurece la luz con su luz transparente,
oscuro en lo oscuro, radiante en la luz, la serpiente con alas
domina el espacio y asciende a la eterna región de las nu-
bes.

El lirio se unió a la fulgúrea ala del cisne,

el áspid corimbo de trémulos pétalos ánade,
rescaldos de fuego ranúnculo abrió en la ambrosía,
alada serpiente tritón de rosada camelia.

Terrible su fuerza, dominio de nubes y almas,
señor de volcanes y templos, palmeras y espadas,
sus alas no bastan para remontarle a lo alto del sueño
y cae en el oro, perdido en el ruido del mundo.

Metal hecho sangre es el oro que mata de sed a los hom-
bres.

Caísteis de lo alto, dragones, envueltos en sangre y rocío,
cual caen las estrellas disueltas en sombra al final de la tar-
de.

Caísteis del cielo, dragones, criaturas divinas del aire.

Ya no es sueño el oro ni luz delicada que arde
cual sangre sutil en los ojos que abre la vela del mundo.
Ya no es vida el oro ni pura sustancia que nace en la fragua
del alma,
es sólo metal, es cadenas, espadas y hambre.

Hundidos yacéis en las cuevas del centro del mundo,
cuidando tesoros que son sólo piedras, metales y barro,
mientras en los campos los niños persiguen vilanos,
y leves muchachas se adentran desnudas en cálidas aguas.

Mirad, oh, muchachas, las aguas del tiempo flotando hacia
el árbol del sueño.

Muchachas de pálidos muslos que orzáis en las ondas del
mar del verano.

Mirad la camelia que pare un cordero que sueña una flor en
levante.

La flor se hace árbol y el árbol florece de frutas hinchidas
de amor.

Aquí surge ya la respuesta, muchachas amables del mundo.
Varón de alba felpa, de bello rosado y un cuerno dorado
en la frente,
que amante desciende del árbol, doncel del espejo, y viene
a tus plantas,
pues es el amor que le trae la victoria al que ya nada espe-
ra.
Pues es el amor que le trae la victoria al que llora y también
al que canta.

LIBRO PRIMERO
UNA SOMBRA SE CIERNE

UNA TORRE A LO LEJOS

Era la torre de Arnheim. El viejo Roster me la señaló con la sonrisa de los que regresan al hogar. Estábamos en lo alto de una colina y desde allá arriba se contemplaba la interminable extensión del valle del Arne, repartido en tierras de labranza, pastos, vetas de rocas cársticas, dolinas con lagos azules y manchas de bosque donde todavía cantaba el petirrojo y campeaban el corzo y el jabalí. La torre, visible desde una distancia de treinta millas, dominaba un edificio grande como una colina, erizado de arcos, torretas, ojivas y arbotantes, cuya magnificencia me dejó boquiabierto. ¿Era aquello Irundast? Irundast la bella, confirmó el viejo Roster. Irundast la fuerte. Irundast de Arnheim, el centro del mundo.

Jamás había contemplado una ciudad tan grande. Alrededor de la ciudad montaña se extendían barrios de casas de piedra, parques, puentes y canales. Fuera de las murallas también había edificaciones, además de campamentos de gente trashumante, zonas peligrosas, me explicó Roster, que debían evitarse a toda costa. Me sorprendió la cantidad de canales que había en Irundast. Todos se alimentaban, según me explicó el viejo Roster, del río Arne, muy caudaloso en las tierras del valle, dividido desde tiempos inmemoriales en todo un laberinto de vías de agua, esclusas y estanques que se utilizaban como reservas de agua

potable, lagunas de recreo, cotos de pesca y vías de transporte.

Yo no entendía cómo se puede usar una laguna para recrearse (era entonces tan primitivo que el concepto de «recreo» o «diversión» me resultaban incomprensibles), ni tampoco sabía lo que era un coto de pesca ni conseguía elucidar para qué querría nadie utilizar un camino de agua para transportar nada habiendo bueyes, carromatos y cómodos caminos bajo los sauces.

La torre de Arnheim. Todavía brumosa, indistinta en la distancia, como si estuviera hecha de nube o de sueño. Imposible me resultaba creer que allí dentro vivieran personas y durmieran mujeres en sus camas, que hubiera armarios llenos de pergaminos y monjes destilando flores, nidos de golondrinas en las cornisas y un rey en una terraza contemplando el mundo.

Atardecía cuando entramos en Irundast. Yo no paraba de mirar a la Torre de los Magos, oscura y amenazante. Tardamos en llegar hasta ella, ya que hubimos de atravesar los bulliciosos barrios de la ciudad, los zocos de los comerciantes y los muelles del canal del Arne, donde llegan enormes galeones y carracas de todos los puntos del mundo y donde se encuentra el mercado de esclavos. Era muy alta, mucho más de lo que yo hubiera imaginado. Si lo parecía desde lejos, cuando nos íbamos acercando a ella a través de las callejuelas su altura crecía hasta hacerse imposible, cosa de sueño o de magia.

–No mires tanto a lo alto –me dijo el viejo Roster, señalando el basural al que sin darme cuenta había conducido a mi caballo, haciéndole salir de la vía.

–En Irundast también hay muladares –dije asqueado, tirando de la brida.

–En todas partes –dijo el viejo–. Mira por donde andas o acabarás dentro de una letrina.

Cabalgábamos a lo largo de un río contenido entre dos paredes de piedra. Era uno de los muchos canales del Ar-

ne, que convertía a la ciudad montaña en una isla, y estaba cruzado por numerosos puentes, algunos curvados y otros con un arco en el centro para dejar pasar a los barcos. También aquí abajo había sauces, plantados a lo largo del canal, cuyas largas ramas cimbreantes se movían con el viento. Había además muchos cisnes. Algunos volaban sobre el canal del Arne y otros flotaban en sus aguas plateadas. Le pregunté al viejo que por qué no los cazaban y me contestó que no tuviera prisa, que pronto averiguaría todo lo que era necesario saber sobre los cisnes.

Una multitud se arracimaba en la entrada de uno de los puentes que comunicaban con la ciudad montaña. Era el más ancho de todos, que suelen llamar Puente de los Sauces, pero a pesar de todo el tráfico era denso y lento: carretones tirados por bueyes, carretas tiradas por mulas, carromatos tirados por yeguas, carritos empujados por siervos, un percherón arrastrando una tartana, un menestral tirando de su carro de dos lanzas, un mayoral conduciendo una ringla de vacas, un caporal dirigiendo un rebaño de ocas.

Yo veía cómo la ciudad montaña se elevaba ante mí, y sentía tanta emoción que casi me venían lágrimas a los ojos. Irundast, nombre de vastas resonancias, se resumía en aquella construcción que era al mismo tiempo una ciudad, una montaña, un edificio o quizá muchos edificios juntos, y en resumidas cuentas un sueño de la arquitectura cuya magnificencia casi me causaba vértigo. Era muy ancha por la base, y se iba adelgazando hacia arriba hasta el lugar donde nacía la inmensa y oscura Torre de los Magos, aunque era evidente que el plan original de eso que habría de llamarse Caucusa o Casa de las Tojas no había sido llevado a su fin y que la torre había sido construida en un punto en que todavía quedarían cinco o seis alturas para coronar el plan original de la ciudad montaña. Toja es, al parecer, una palabra de los artesanos verdules que significa arco.

Era difícil decidir si aquella masa de piedra que se elevaba ante mí era un edificio o muchos. Se organizaba en